

*Variaciones sobre la escritura*

Roland BARTHES

Barcelona, Paidós, 2002

DOMINGO GÓMEZ ABEJA

Para leer un libro sobre semiótica, semiología o lingüística hay que ser un estudiante de la materia o bien estar verdaderamente interesado en ella. Resulta difícil de imaginar que una persona no aficionada a tales disciplinas se aproxime con gusto a la lectura de tan específicos temas, tanto como si un lingüista gozase con el estudio de un tratado de química o ingeniería. Y si además resulta que el libro que uno elige para introducirse en una de tan peculiares y especializadas ciencias está redactado de forma ininteligible, su estructura es desordenada e inconexa, y en realidad sus partes nunca fueron concebidas para ser publicadas como un todo, el resultado es un mal concepto del autor y la obra, y por extensión del asunto.

Esto es lo que ocurre con *Variaciones de la escritura*, una recopilación de textos de Roland Barthes, inéditos en español, recogidos de fuentes diversas, que sin una ordenación lógica aparente, mas que la del orden cronológico, recoge este volumen publicado por Paidós, en el que con un estilo que no invita precisamente al lector a devorar sus letras, se van presentado uno tras otro hasta veintitrés artículos en los que el autor reflexiona sobre cuestiones relativas a los temas mencionados.

El primero de los artículos, titulado *Responsabilidad de la gramática* (de 1947) habla de la literatura en la época en la que ésta era considerada un instrumento para trabajar un arte (tiempos de Hugo, Flaubert o Valéry). Desde la elaboración, absolutamente política a juicio de Barthes, del francés clásico ninguna revolución retórica consiguió disipar la impostura “de un lenguaje que se dice universal pero que es únicamente privilegiado”. Por ello se abandona la idea misma de una escritura normativa, y los procedimientos para sacar a la narración de su envoltura fatal de literatura se multiplican.

El segundo artículo, *Literatura humana*, nos muestra la simplicidad del lenguaje binario, una lengua de sólo dos letras (I y O). Tal simplicidad, en comparación con una lengua tan rica o compleja como el francés, acaba por resultar difícilmente inteligible, pues en el diccionario binario propuesto en este capítulo las palabras son tan parecidas que en una hipotética gramática binaria se obtendría una literatura completamente surrealista. En *Obra de masas y explicación de texto*, se expone la complejidad de

estudiar la obra de masas desde la perspectiva de la “explicación de texto”, “análisis que se refiere a una óptica muy apremiante”, es decir, una crítica del lenguaje. Y el cuarto artículo (*Presentación de investigaciones semiológicas*) habla de la importancia de la semiología como parte de la lingüística. Y es que el estudio de los signos es para Barthes “esa parte que se haría cargo de las grandes unidades significantes del discurso” (p. 21).

*Respuesta a una encuesta sobre estructuralismo*, de 1965, vuelve a criticar la idea de reducir la literatura a un código. Tras definir el estructuralismo como “toda investigación sistemática que se someta a la pertinencia semántica y se inspire en el modelo lingüístico”, Barthes opina que fenómenos como el cambio o la transformación que sufre el código retórico a finales del siglo XIX deberían ser objeto de una crítica estructural e histórica.

Continuando con los conceptos de semiología y estructuralismo en *Conversaciones sobre el estructuralismo* Barthes va exponiendo sus argumentos en torno a una serie de “Elementos”. Así, de un sistema semiológico puro se pasa a una semiología o translingüística aplicada a la publicidad, luego a la retórica y la persuasión, a continuación a la moda y más tarde a la lexicología, para acabar con un modelo de análisis de Chomskyv que elude los modelos saussirianos y se pregunta por el modelo del meta-lenguaje estructuralista.

En el séptimo artículo, como en el anterior (aunque con una mayor profundidad), Barthes trata los temas de la lingüística y la literatura. Aprovecha además la ocasión para presentar (y hacer publicidad gratuita) al grupo de investigación *Tel Quel*, al que él mismo pertenece, y que “responde al empeño de los lingüistas en la literatura (pues escriben textos) y al de los críticos literarios en el lenguaje (informándose de los desarrollos de la lingüística)” (p. 36).

*Diez razones para escribir* es el artículo más breve de los aquí recogidos y a la vez, paradójicamente (o quizás no), uno de los más interesantes del libro. En él se enuncian y desarrollan las diez razones por las cuales el autor “cree que escribe”. Previamente aclara además que como escribir no es una actividad normativa ni científica, no se puede decir por qué ni para qué se escribe. Claro que Barthes tiene bien claros los motivos que lo impulsan a hacerlo.

Cuando Barthes habla del sentido en el artículo número nueve (*Una problemática del sentido*) inmediatamente lo relaciona con la imprecisión. Dar una respuesta técnica o precisa al problema del límite del sentido es difícil para él. Y en relación con este problema propone una vasta clasificación de lo que llama “los diferentes regímenes antropológicos del sentido”, que son tres, la monosemia (o agnosia), la polisemia

y la asema (ausencia del sentido). Para Barthes “en lo que concierne a la publicidad los valores estéticos nunca son inocentes” (p. 62).

En la *Lingüística del discurso* se argumentan en ocho puntos los principios necesarios para la constitución de una semiótica del discurso. Mientras que el artículo siguiente, *Sobre la teoría*, es una entrevista al propio Roland Barthes en la que el autor responde a numerosas preguntas hechas por interlocutores desconocidos para el lector. El tema de debate es la teoría, que a juicio del entrevistado no se puede confundir con la abstracción, y en consecuencia se opone a lo concreto.

Precisamente una teoría de la lectura (al igual que existe ya una teoría de la escritura) es lo que reclama Barthes en el artículo duodécimo, en el sentido de descripción o producción pluricientífica, pues el hecho de dotar a la lectura de una descripción científica –como apunta acertadamente el autor– no agotará el fenómeno de la lectura.

El artículo que da nombre a la obra es el más extenso y el de estilo más sencillo del libro. En él se hace un repaso de una multitud de conceptos relacionados con la escritura tras un breve resumen de los hechos más destacados de la Historia de ésta. Barthes divide en cuatro puntos, a saber, ilusión, sistema, envite y goce dichos conceptos relacionados de alguna forma con la escritura, como la comunicación, lo oral/escrito, las letras, la Economía, el poder, la firma, la copia, la lectura, el ritmo o el soporte entre otros.

En el siguiente artículo (*Texto*) Barthes expone toda una argumentación que se centra en desarrollar una teoría sobre el texto. Lo que más claramente se extrae de este capítulo es la distinción que establece entre el texto y la obra, que no deben confundirse, pues “la obra se sostiene en la mano, [y] el texto en el lenguaje”.

El decimoquinto artículo es un reconocimiento póstumo a la obra del lingüista Benveniste, que fue para Barthes uno de los primeros en establecer contactos entre la lingüística y el psicoanálisis o la semiología.

*Escribir* es el prefacio que Barthes redactó para *La civilisation de l'écriture* (1976), de R. Druet y H. Grégoire y sirve para confirmar el alto grado de estima del autor respecto de su propia obra. Valga si no esta cita de ejemplo para fundamentar tal opinión: “Soy artista, no porque figuro un objeto, sino, más fundamentalmente porque en la escritura mi cuerpo goza al trazar, al hender rítmicamente una superficie virgen [siendo lo virgen lo infinitamente posible]” (p. 157).

El artículo que sigue, *Respuestas sobre la lectura*, es una reflexión sobre el hecho de que el estudio de la escritura ha sido tratado desde la antigüedad por la retórica y en cambio del lado de la lectura no haya ninguna ciencia que la corresponda. Para Barthes esto tiene una gran influencia sobre nuestra concepción de la literatura, ya que hasta *ahora* siempre se la ha concebido a ésta “como un arte del autor, y nunca como un arte del lector” (p. 161).

*Una especie de trabajo manual* expresa lo que para Barthes es escribir. En realidad lo que se defiende en este artículo es que hablar nunca puede ser equiparable al acto de escribir, al menos en opinión del autor.

En el artículo siguiente Barthes dedica un número especial a Roman Jakobson, quien representa, a juicio del escritor francés, el encuentro del pensamiento científico y el pensamiento creativo. Para Jakobson la lengua no existe sin literatura y la literatura es su utopía. “El poeta, dice (Jakobson), expresa lo que el lingüista excluye de la lengua” (p. 168).

Un tema que no había sido tratado hasta este decimonoveno artículo es el de la conversación, forma de manifestación más habitual de la comunicación. A pesar de lo interesante del tema, Barthes no le saca todo el partido posible al asunto y aunque empieza hablando de unas “ganas invencibles de clasificar [las formas de conversación]”, acaba por volver a enfrascarse en las aproximaciones científicas y teóricas que parten de la semiología, y, más concretamente, de la pragmática.

*Encuentro con Roland Barthes* (1979) es una conversación (que más bien debería haberse titulado entrevista) con una tal Nadine Dormoy Savage, que parece ser una alumna de Barthes en el Collège de France. Tras una serie de alabanzas al profesor, algunos de los temas a los que se refieren son “lo neutro”, el lenguaje científico como escritura o unas palabras sobre un *nuevo* libro del escritor francés.

Tras leer el artículo que Barthes dedica a Laporte se deduce que éste no aprecia en exceso a los críticos literarios. Y es que la opinión del escritor respecto a ellos es que el autor es para el crítico un deseo, el deseo de escribir.

*Prefacio al diccionario Hachette*, de 1980, es el artículo que cierra el libro y habla de la utilidad y la necesidad del diccionario no sólo como herramienta de consulta, sino también como arma para luchar con el lenguaje. “Las palabras no son ni verdaderas ni falsas, pues, lamentablemente, el lenguaje no tiene el poder de demostrarse a sí mismo, pero pueden ser justas: un buen diccionario nos invita a esa música de las relaciones de lenguaje” (p. 190).

En conclusión, gracias a esta obra se puede concluir que el autor ha analizado desde muy diversas perspectivas las temáticas que son de su especialidad. Claro que este volumen no es probablemente la mejor opción para conocer las aportaciones de Roland Barthes a la semiología y la literatura, ya que el lector puede sentirse en ocasiones tentado de saltar “los pasajes que nos aburren” (p. 127), secreto que el propio escritor revela al referirse a la tragedia de Sófocles en uno de sus artículos. Y es que esta obra, al no aportar nada nuevo, por ser una recopilación de trabajos antiguos, no pasará a la Historia de la literatura, pero al menos servirá para aumentar el currículo de publicaciones del reconocido semiólogo francés.